

Debemos fijar en el reinado de Maximino el principio de esa sucesión de los emperadores militares, nacidos de las circunstancias, que semibárbaros sostuvieron el imperio contra los esfuerzos de los Bárbaros. También en esta época estalló la rivalidad del Senado y del ejército para la elección de príncipe; nueva causa de destrucción que se añadió á las muchas que fermentaban en el Estado.

Este Senado en otro tiempo tan abyecto, había conservado hasta entonces por sus tradiciones de gloria, por su nombre, por la riqueza de sus miembros, y por las dignidades de que estaban revestidos, una especie de poder inexplicable: al Senado daban cuenta los emperadores de sus victorias, y el Senado era el que gobernaba en los interregnos. Los años se contaban por el consulado: la religión y la historia se enlazaban con la existencia senatorial. Léase en todas partes: S. P. Q. R. cuando ya no había Senado ni pueblo. Roma hablaba aun de libertad como esos reyes modernos que escriben en el encabezamiento de sus títulos las soberanías que han perdido.

Hasta el reinado de Maximino había existido, sino inteligencia, al menos cierta conformidad forzada entre el Senado y las legiones; pero habiendo elegido los senadores por sí solos tres emperadores durante las turbulencias de este reinado, quedaron tan orgullosos con aquella recuperación de autoridad, que no pudieron menos de manifestar deseo de conservarla. Conociéronlo las legiones, y no se dejaron dominar. Los emperadores proclamados en las provincias por los ejércitos, se acostumbraron á considerar al Senado como á un enemigo de su poder, y cuyo sufragio no les era necesario; alejéronse de Roma donde no residieron ya sino rara vez y á pesar suyo. La ciudad eterna quedó poco á poco aislada en medio del imperio; y en tanto se batían en derredor suyo, sentóse á la sombra de su nombre, mientras llegaba su ruina.

Maximino persiguió la religión. En esta persecución se mencionan por vez primera de un modo positivo las basílicas cristianas; sin embargo, háblase de un sitio consagrado al culto de Cristo en el reinado de Alejandro-Severo.

Algunos autores han creído, que la persecución había tenido por principal objeto en Oriente, dar muerte á Orígenes: el pueblo y los filósofos hubieran mirado como un gran triunfo la apostasía de este defensor de la Iglesia (113), que por el ascendiente de su talento, había verificado una multitud de conversiones. Otros escritores han pensado, que la persecución nació con motivo del soldado en favor del cual escribió Tertuliano el libro de la Corona. He dicho varias veces, que en la elección de un emperador era costumbre prodigar liberalidades á los soldados, quienes para recibirlas, se coronaban de laurel. En el advenimiento de Maximino, se adelantó un legionario con la corona en la mano; preguntóle el tribuno por qué no la llevaba en la cabeza como sus compañeros. «No puedo, respondió, porque soy cristiano.»

Tertuliano aprueba la conducta del legionario (114), pareciéndole que el coronarse de laureles era propio de la idolatría.

Al lado de las elecciones que hacia el acero, continuaban las elecciones pacíficas de otros soberanos que reinaban por la caña. Habiendo muerto el papa Urbano, tuvo por sucesor á Ponciano, que desterrado á la isla de Cerdeña, abdicó. Antero, que se sentó en su lugar, vivió solamente un mes, y proclamaron obispo de Roma á Fabiano.*

En medio de las guerras civiles y extranjeras, brillaban las ciencias en los entendimientos mas preclaros de los cristianos. Teodoro ó Gregorio de Pons, llamado el *Taumaturgo*, aparecía en el mundo: Afri-

* 41 de Enero, 256.

cano escribió su *Historia Universal*, que comenzando en la creación del mundo, se detenía en el año 221 de nuestra era (115). Tratábase allí la historia de un modo desconocido hasta entonces: un cristiano oscuro decía al imperio brillante de los Césares, que era moderno; que sus hechos y sus fábulas no contaban sino un día de existencia comparados con la antigüedad del pueblo de Dios y de la religión de Moisés, y que por esta escala debía medirse en adelante la vida de las naciones. La crónica de Africano no se encuentra ya sino en la de Eusebio.

Orígenes publicó la obra que le había costado veinte y ocho años de investigaciones (116): era una edición de la Escritura en muchas columnas, y que tomó el nombre de Hexaplo, Octaplo y Tetraplo, según el número de ellas. En los Hexaplos, la primera columna contenía el texto hebreo en letras hebraicas; la segunda el mismo texto en letras griegas; la tercera la versión griega de Aquila; la cuarta la de Simmaco; la quinta la de los Setenta, y la sexta el texto hebreo de Teodosio.

Los Octaplos tenían dos columnas mas; compuestas de dos versiones griegas, la una encontrada en Jericó por el mismo Orígenes, y la otra en Nicópolis de Epiro. No se empleó en aquel trabajo inmenso el idioma de los señores del mundo. Varias traducciones latinas hechas sobre la Versión de los Setenta, bastaban á las necesidades de la iglesia de Roma y de las demás iglesias del Occidente. Obstinábase los Griegos en considerar la lengua de Ciceron como una lengua bárbara.

Multiplicábase los concilios, ya sea por las necesidades de la comunidad cristiana, ya para arreglar la disciplina y las costumbres, ó para combatir la herejía. Cipriano, jóven todavía, levantaba su voz en Cartago; este era el varon, cuya florida elocuencia había de inspirar la elocuencia de Fenelon, como la palabra de Tertuliano, había de animar la palabra de Bossuet.

Agitábase todo entre los Bárbaros: unos se reunían en las fronteras; otros se introducían en el imperio, ó como vencedores, ó como prisioneros, ó como auxiliares: los cristianos crecían igualmente en número, y extendían sus conquistas entre los conquistadores.

Máximo* y Balbino subieron al trono imperial después de la muerte de Maximino: rodeaba al primero un cuerpo de germanos que le eran adictos, como los suizos y los guardias escoceses á nuestros reyes. Los pretorianos tuvieron envidia, pues no aprobaban una elección debida únicamente al Senado. Corrieron á las armas cuando la ciudad se hallaba entregada á los juegos capitolinos: los emperadores, arrancados de su palacio, fueron degollados en medio de ultrajes semejantes á los que fueron prodigados en otro tiempo á Vitelio; había en los archivos del Estado, antecedentes para toda clase de asesinatos y de vicios. Máximo, hijo de un cerrajero ó carretero, era un hombre valiente, diestro en la guerra, moderado, y tan serio, que le daban el sobrenombre de *Triste*; Balbino pertenecía á una familia que pasaba por noble sin ser antigua, y era dulce y afable: decíase del primero, que conocía lo que era justo, y del segundo, que se extendía á mas. Había nombrado ya César al tercer Gordiano, nieto del viejo Gordiano: los pretorianos le saludaron con el título de Augusto, y el Senado y el pueblo le reconocieron.

Este monarca reinó demasiado poco: tuvo por suegro á su maestro de retórica, llamado Mysisheo, que le arrebató de las manos de los eunucos (117); y Gordiano convirtió á Mysisheo en prefecto del Pretorio y en ministro. Mysisheo había sido un hombre oscuro antes de tomar las riendas del Estado; condicion ne-

* MAXIMINO Y BALBINO, emper. FABIANO, papa. De J. C. 252.

cesaria para prosperar cuando se nace con talento, porque en la carrera política no se sube al poder con una reputación formada de antemano.

No fue considerable la guerra en el reinado de Gordiano III; pero hubo en ella nombres grandes: Sapor, hijo de Artajerjes, atacó al imperio en Oriente, y aparecieron los Francos en las Galias. Aureliano, que fue después emperador, mandaba entonces una legión, y batió á los Francos cerca de Maguncia, matando á setecientos y haciéndoles trescientos prisioneros. Reputó esta victoria de tanta importancia, que los soldados improvisaron dos malos versos que se han conservado hasta nosotros.

Mille francos, mille Sarmatas semel occidimus;
Mille, mille, mille Persas quocimus (118).

Así es como el nombre de nuestros padres se encuentra por la vez primera en una canción de soldados que expresa á la vez el valor de aquellos y el pavor de los Romanos.

Preparóse Gordiano III para rechazar á Sapor, y antes de salir de Roma abrió el templo de Jano, y esta es la vez postrera que se trata de semejante ceremonia en la historia. Presumimos que no volvió á cerrarse el templo, y que fue como un presagio del destino del imperio. Habiendo pasado Gordiano por la Moesia y por la Tracia, derrotó á los Godos; pero fue menos venturoso con los Alanos. Consiguió algunas ventajas sobre Sapor, y debió el triunfo á Mysisheo, á quien honró el Senado con el nombre de tutor de la república. Gordiano tuvo la candidez de convenir en ello al dar cuenta de sus victorias al Senado (119): volver la gloria al que nos la dió, es ser digno de ella.

La caída de Roma no sufría á un gran ciudadano sino con violencia; cuando por acaso producía alguno, no tenía ya á semejanza de una madre estenuada ni fuerzas para alimentarlo. Murió Mysisheo envenenado quizás por Filipo, que le sucedió en el cargo de prefecto del Pretorio. Desde aquel momento abandonó la fortuna á Gordiano; porque existen espíritus creados para aparecer juntos, y que son su complemento mútuo. Las sociedades en su infancia, reparan fácilmente la pérdida de un hombre hábil; pero cuando se acercan á su término, si llegan á faltar los ciudadanos de mérito que les restan, todo perece.

El nuevo prefecto del Pretorio era árabe, ó hijo de un gefe de salteadores; y Filipo, unido por de pronto á Gordiano, acabó por inmolarlo. Gordiano se humilló hasta el extremo de solicitar sucesivamente la partición igual del poder, el rango de César, el cargo de prefecto del Pretorio, el título de duque ó gobernador de provincia, y finalmente, la vida: el asesino se lo rehusó todo excepto unos pobres funerales. El último descendiente de los Gracos, contaba apenas veinte y tres años: el humilde sepulcro del jóven emperador de los Romanos, se erigió lejos del Tiber, en la confluencia del Chaboras con el Eufrates, á corta distancia de las ruinas de aquella Babilonia que vió llorar á Israel cerca de los sepulcros de los grandes reyes.

* Filipo, proclamado Augusto, y su hijo César, estipularon la paz con Sapor, y vinieron á Roma. Juzguese del estado á que había llegado Roma: no se sabe si debe colocarse en la época del advenimiento de Filipo la existencia de dos emperadores llamado el uno Marcó, filósofo de profesión, y el otro Severo-Hostiliano. No se conocen sino los nombres de ambos señores del mundo, y hasta se ignora si llegaron á reinar.

Desde esta época es cuando se principia á denominar tiranos, para distinguirlos de los emperadores, á los pretendientes al imperio que elegidos por las legiones no eran reconocidos por el Senado. No existía sin

* FILIPO emper. FABIANO papa A. de J. C. 244.-249.

embargo entre tales hombres igualmente opresores, sino la diferencia de fortuna, y dábase á la victoria el título que se negaba al infortunio.

Quedan todavía dudas sobre la verdad de un hecho grave: ¿Filipo era cristiano? Las pruebas son débiles, y veremos en adelante no pocos príncipes de la fe indignos de serlo sin que podamos hacer justicia á este; pero la marcha de la historia prescribe que anotemos la coincidencia de la elevación de un godo al imperio en la persona de Maximino, y quizás de un cristiano en la de Filipo.

Este celebró los juegos seculares en 21 de abril del año 248: Horacio los había cantado en el reinado de Augusto; juegos misteriosos celebrados durante tres noches al resplandor de antorchas en la orilla del Tiber (120), y que ninguno veía dos veces en su vida, señalaban entonces el trascurso de un periodo de mil años para la antigua Roma, y fueron interrumpidos. Mas de otros mil años trascurrieron hasta que un príncipe de la nueva Roma los restableció con el nombre de Jubileo el año 300 de la era vulgar. Bonifacio VIII ofició con los ornamentos imperiales, y doscientos mil peregrinos se hallaron reunidos en la fiesta. Clemente VI, Urbano VI y Paulo II fijaron sucesivamente la vuelta del Jubileo, el primero á cincuenta, el segundo á treinta y tres y el tercero á veinte y cinco años: Clemente en consideración á la brevedad de la vida; Urbano en memoria del tiempo que Jesucristo pasó en la tierra, y Paulo para la mas pronta remisión de los pecados. Los esclavos y los extranjeros no asistían á los juegos seculares de Roma idólatra; Roma cristiana llamaba al Jubileo á los desgraciados y á los viajeros.

Filipo hizo la guerra á los Carpianos, pueblos situados en los montes Carpatos, vecinos de los Godos. Estos últimos habían empezado á percibir desde el reinado de Alejandro-Severo un tributo de los Romanos; los Carpianos pretendieron obtener igual ventaja, y fueron vencidos.

Levantáronse de improviso dos nuevos emperadores, Saturnino en Syria y Marino en Moesia. Decio, cuyo nombre recuerda la primera invasión grande de los Bárbaros, había nacido de padres oscuros: encumbrado al consulado, ó por sus talentos, ó por las revoluciones, que elevan indistintamente el mérito y la medianía, el vicio y la virtud, Decio se encontró encargado de castigar á los partidarios de Marino, que le obligaron á ocupar su lugar, marchar contra Filipo, y presentarle batalla. Los crímenes habían caído bajo el dominio del derecho comun, y las guerras civiles formaban el temperamento del Estado. Filipo fue vencido y muerto en Verona (121), y su hijo degollado en Roma.

Cuéntase de este jóven que desde la edad de cinco años nunca se había reído; no subió al trono y perdió las delicias de la infancia: hubiéralas gozado si hubiese permanecido bajo la tienda del árabe. En aquellos tiempos casi nunca parecía un príncipe solo, pues sus hijos eran asesinados también; esta lección tantas veces repetida, á nadie corregía; hallábanse mil ambiciosos, y no se veía ni un padre.

Tal era el estado de los hombres y de las cosas al advenimiento de Decio; todo contribuía á acelerar la disolución del Estado. Los Bárbaros no tenían nada delante de ellos, excepto el Cristianismo que los aguardaba para hacerlos capaces de fundar una sociedad, bendiciendo su espada.

SEGUNDA PARTE.

DESDE DECIO HASTA CONSTANTINO.

* ABRESE LA verdadera historia de los Bárbaros con el reinado de Decio. Vamos ahora á conocerlos mejor,

* DECIO emper. FABIANO, CORNELIO, papas. De J. C. 249.-251.

porque darán distinto movimiento á los negocios, mezclarán las razas, multiplicarán los infortunios, cumplirán el destino del mundo antiguo, y darán principio al del mundo nuevo. Formidables invasiones sucederán á las rápidas correrías y á las incursiones pasajeras que hacían los Caledonios en la Gran-Bretaña, los Germanos y los Francos en las Galias, los Cuados y los Marcomanos en las márgenes del Danubio, los Persas y los Sarracenos en Oriente, y los Moros en Africa: aparecerán los Godos y los demás bárbaros acampados en las fronteras, los rechazarán y perseguirán. Parece que ya el estruendo de los pasos y los gritos de aquella muchedumbre hacen temblar el Capitolio.

Los Godos que quizás pertenecían á la antigua estirpe de los Suevos, y estaban separados de ella por Cotualdo; los Godos, hijos de los conquistadores de la Escandinavia, de donde tal vez habian arrojado á los Cimbrios, extendieron su dominio sobre una parte de los otros bárbaros. los Bastarnos, los Venedos, los Sazigos, los Roxolanos, los Eslavos ó Vándalos ó Esclavones, los Antos y los Alanos, originarios del Cáucaso (1). Odino su primer legislador, fue tambien su dios de la guerra, á no ser que se suponga la existencia de dos Odinos: colocándole en el cielo remontan la ley al nivel de la religion. Odino tenía un templo en Upsal, donde cada nueve años le inmolvaban dos hombres y dos animales de cada especie, si es que en aquellos remotos tiempos (2) existían Odino, Upsal y su templo, ó si es verdad que hayan jamás existido.

En el siglo de los Antoninos, en el momento en que el imperio romano tocaba la cúspide de su poder, los Godos dieron el primer paso, y se establecieron en la embocadura del Vistula. Las colonias de los Vándalos, que eran ó salidas de su seno ó esclavos alistados en sus filas, se derramaron por las orillas del Oder y por las costas del Mecklemburgo y de la Pomerania. Los Godos, divididos en Ostrogodos y Visogodos, Godos occidentales y Godos orientales, se subdividieron además en bandas ó tribus con los nombres de Héruulos, Gépidos, Burgondos ó Borgoñones, y Lombardos (3). Si se supone que los últimos no eran de origen gótico, será preciso admitir al menos que se habian convertido en Godos por la conquista, y que separados después de la Confederación Gótica, cuando esta llegó romperse, fundaron la monarquía de los Burgondos y de los Lombardos.

Los Godos levantaron su campamento, dieron un segundo paso, aparecieron en los confines de la Dacia, y llegaron en seguida hasta el Ponto-Euxino. El rey que gobernaba entonces la monarquía hereditaria se llamaba Amalo, y pretendía descender de los Anso (4) ó semidioses de los Godos.

Subyugando Trajano á los Dacios más allá del Danubio, sujetó sin saberlo al imperio vecino de sus destructores; los Godos no fueron conocidos con un nombre verdadero hasta el reinado de Caracalla, y cuando Roma llegó á aprenderlo ya no le volvió á olvidar nunca.

Orgullosos los Godos con sus conquistas, y engrosados con las hordas que se les habian incorporado, precipitáronse contra el imperio cual un torrente hinchado por otros torrentes, en la época de la caída de Filipo y de la elevación de su sucesor.

Guiados por su rey Euva, inundaron la Dacia, pasaron el Danubio, obligaron á Marcianópolis á comprar su rescate, retiráronse, volvieron, sitiaron á Nicópolis, tomaron por asalto á Filippolis, degollaron á cien mil habitantes, y se llevaron una multitud de prisioneros ilustres (5). Mientras caminaban, se entreteuvieron en dar un señor al mundo, y salvajes medio desnudos otorgaron la púrpura á Prisco, hermano de Filipo, que la habia solicitado. Decio corrió con su hijo á oponerse á sus destrozos, y vendido por Galo,

que quiso tambien recibir el imperio de mano de los Bárbaros tuvo que penetrar en un pantano donde pereció con su hijo y con su ejército (6).

Decio, príncipe notable, por otra parte, que vió principiar la gran invasión de los Bárbaros, se habia armado del mismo modo contra los cristianos; impotente para rechazar á los unos y á los otros, nada pudo hacer contra los dos pueblos á quienes Dios habia entregado el imperio. Esta persecucion produjo caídas que San Cipriano atribuye á la relajacion de las costumbres de los fieles (7). En el anfiteatro de Cartago gritaba el pueblo: «Entregad á Cipriano á los leones.» y el elocuente obispo se retiró (8); á Dionisio de Alejandría le salvaron sus discípulos ocultándole. Gregorio el *Taumaturgo* invitó á sus neófitos á ponerse en salvo, y se precavió de los peligros retirándose á una colina desierta. Han quedado consignadas en los fastos de la religion las ejecuciones del sacerdote Pionio en Esmirna, de Máximo en Asia y de Pedro en Lampsaco. El papa Fabiano confesó con alma y cuerpo en 20 de enero de 250; y contando desde su martirio vienen exactos los años del pontificado romano, como la Era de Cristo fijada en la cruz. Alejandro, obispo de Jerusalem, y Babylas, obispo de Antioquia, que habia obligado al emperador Filipo y á su madre á hacer penitencia la noche de Pascua, perecieron en los calabozos: el uno, anciano, sufría la prueba por segunda vez, y el otro quiso ser enterrado con las cadenas de su prision (9). Resistió Orígenes cruelmente atormentado.

Un joven de la Tebaida baja, llamado Pablo huyendo de la persecucion, halló una gruta á la que hacia sombra una palmera, y donde manaba una fuente que daba nacimiento á cierto arroyo. Pablo se encerró en aquella gruta, y vivió en ella noventa años, logrando la gloria de vivir solitario que le hizo ser el primer ermitaño cristiano (10).

Varios obispos fundaron iglesias en las Galias; Dionisio en Paris, Gaciano en Tours, Estremoino en Clermont de Auvernia, Trofino en Arlés, Pablo en Narbona y Marcial en Limoges.

Después del martirio de Fabiano tres obispos proclamaron papa á Novaciano, primer antipapa y jefe del primer cisma. El clero habia elegido por su parte á Cornelio, hombre dotado de suma firmeza. Estuvo vacante la silla pontificia por espacio de diez y seis meses.

Contábanse entonces en Roma cuarenta y seis sacerdotes, siete diáconos, siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos, cincuenta y dos exorcistas, lectores y porteros, quinientas viudas y otros pobres sustentados por la Iglesia (11). Diez y seis obispos concurren á la ordenación de Cornelio, confirmado por el pueblo: obsérvese la diferencia de ambos imperios: los soldados de Júpiter proclamaban tiranos, y los de Cristo santos.

Galo proclamado Augusto con Hostiliano, hijo segundo de Decio, se obligó á pagar á los Godos un tributo anual: á este precio consintieron en respetar el territorio romano; y como se cumplen únicamente las condiciones que se aceptan y no las que se imponen, los Godos quebrantaron la palabra. Declaróse una peste horrorosa. Galo mandó quitar la vida á Hostiliano, hijo de Decio, y lo reemplazó con su propio hijo. Continuó la persecucion, y sucumbieron á sus rigores dos papas, Cornelio y Lucio I.

Emiliano derrotó á los Godos en Mœsia, y se vistió la púrpura: Galo marchó contra él. Las tropas de Galo se sublevaron, y le quitaron la vida juntamente con su hijo, pasándose á las águilas de Emiliano. Valeriano conducía en auxilio de Galo las legiones de la Galia, que al saber la muerte del emperador procla-

* GALO, EMILIANO, emper. CORNELIO, LUCIO I, papas. De J. C. 251-253.

maron á Valeriano. Emiliano pereció á su vez á manos de sus soldados (12). Valeriano dividió el poder con su hijo Galieno: un tirano se habia levantado en el reinado de Decio, y otro en el de Galo.

Valeriano habia adquirido ya práctica * en los empleos militares y civiles, y habiendo sido además diputado de los dos primeros Gordianos en el Senado, habia figurado en todos los negocios de su tiempo. Confirióle la censura por aclamacion, cuando los dos Decios restablecieron esta magistratura reunida á la dignidad imperial. «La vida de Valeriano, dicen, era una censura perpetua: reproducia las costumbres de la venerable antigüedad.» Sin embargo, Valeriano no era mas que un talento limitado que no llegaba, ni con mucho, á la grandeza de su fortuna.

Galieno, á quien su padre habia nombrado Augusto, se dirigió á mandar las Galias: padre é hijo corrían por todas partes á oponerse á los Bárbaros, auxiliados por los diestros capitanes Pósthumo, Claudio, Aureliano y Probo, que se instruían en la escuela de las armas por los crímenes y por las necesidades. Los Germanos que provenían quizás de la Confederación de los Francos, invadieron la Galia hasta los Pirineos, atravesaron estos montes, saquearon parte de España, y aparecieron en las costas de Mauritania, donde causó admiracion aquella nueva raza de hombres (13). Allí los combatió y rechazó Pósthumo á las órdenes de Galieno; mas los Alemanes, otros de los Germanos, en número de trescientos mil avanzaron en Italia hasta las inmediaciones de Roma. Galieno los obligó á retirarse.

Los Godos, los Sármatas y los Cuados encontraron á Valeriano en Iliria, quien los contuvo ayudado de Claudio, Aureliano y Probo.

La Escitia vomitaba á millares sus pueblos sobre el Asia Menor y sobre la Grecia: es probable que aquellos Escitas boranos que inundaron entonces el país, no eran sino una columna de Godos vencedores del reducido reino del Bósforo. Embarcáronse en el Ponto-Euxino en una especie de cabañas flotantes, entreteniéndose á una mar tempestuosa y á tímidos marineros. Rechazados en la Colclide, volvieron á la carga, atacaron al templo de Diana y la ciudad de Oeeta, immortalizada por la fábula y el talento de los poetas; se apoderaron de Pithionto; sorprendieron á Trebisonda; robaron la provincia del Ponto, y encadenando los Romanos cautivos á los remos de sus bajeles, regresaron triunfantes al desierto (14).

Otros godos ó escitas á quienes alentó este ejemplo, hicieron construir una flota á sus prisioneros; partieron de la embocadura del Tannais, y vogaron costearo la orilla occidental del Ponto-Euxino, mientras que un ejército marchaba por tierra de concierto con la flota. Pasaron el Bósforo, desembarcaron en Asia, saquearon á Calcedonia, entraron en Nicomedia donde los llamaba el tirano Chyrsogonas, saquearon las ciudades de Lio y de Pousa, y se retiraron á la luz de las llamas con que incendiaron á Nicea y á Nicomedia (15).

Mientras se sucedían tales infortunios, Valeriano habia ido á Antioquia, y se empleaba en otra guerra que le fue en extremo fatal. Sapor, invitado por Cyriades que aspiraba al imperio, habia entrado en Mesopotamia, y fueron presa suya Nisibe, Carrhes y Antioquia. Llegó Valeriano, rescató á Antioquia, quiso socorrer á Edessa y pidió la paz. Sapor le propuso una entrevista que aceptó, y quedó prisionero de un enemigo sin fe. La sencillez no es admirable sino cuando va unida á la grandeza; de otro modo es el paso ordinario de un espíritu limitado. Valeriano era un hombre sincero, del mismo modo que era un hombre nulo: sus virtudes llevaban impreso el carácter de su medianía.

* VALERIANO GALIENO, emper. ESTEBAN, SIXTO II, DIONISIO, papas. De J. C. 253-260.

Vengados quedaron en su persona el oprobio y el infortunio de tantos reyes humillados en el Capitolio. Encadenado y vestido de púrpura alargaba la cabeza, el cuello ó la espalda á guisa de estribo á Sapor cuando montaba á caballo (16). Este jefe creia equivocadamente hollar el poder; el imperio persa no se elevó: era el imperio romano el que se habia hundido.

* Murió Valeriano: su piel rellena de paja, curtida y teñida de rojo estuvo colgada por espacio de muchos siglos en las bóvedas del templo principal de la Persia (17). ¿Qué impresion hizo la vista de este trofeo al mundo? ninguna. El mismo Galieno, considerando la desgracia como una abdicacion, se contentó con decir: «Ya sabia yo que mi padre era mortal (18).» Apoderóse de la otra mitad de la púrpura que habia dejado Valeriano, del mismo modo que se roba el sudario de un cadáver.

Existen muy hermosas medallas de Valeriano, que representan á una mujer coronando al emperador con estas palabras: *Restitutori Orientis*; la fortuna desmintió tan descarada adulacion. Galieno no pensó ni en rescatar, ni en vengar á su padre; lo convirtió en una deidad (19), que costaba menos.

El imperio presentó en aquella época un espectáculo horroroso, pero original; fue como una escena anticipada de la edad media. Jamás, desde los hermosos dias de la república, habian brillado á la vez tantos hombres dignos de aprecio; estos hombres nacidos de los acontecimientos que obligan al talento á recobrar su natural dominio, no poseían las virtudes de Caton y de Bruto; pero como hijos de distinto siglo, eran hábiles y osados. Habiendo vuelto á entrar á pesar suyo en la vida militar del campamento, los Romanos del imperio habian recobrado cierta virilidad por el trato frecuente con las generaciones varoniles de los Bárbaros.

Treinta, ó lo que es mas seguro, diez y nueve tiranos, aparecieron durante los reinados de Valeriano y de Galieno: en Oriente, Cyriades, Macriano, Balisto, Odenato y Zenobia: en Occidente, Pósthumo, Lekiano, Victorino y su madre Victoria, Mario y Tétrico: en Iliria y en los confines del Danubio, Ingenuo, Regiliano y Aureolo: en el Ponto, Saturnino: en Francia, Trebeliano: en Tesalia, Pison: Valente en Grecia: en Egipto, Emiliano; y Celio en Africa. La mayor parte de estos pretendientes que defendieron el imperio contra los enemigos exteriores, y que intentaron apropiárselo, hubieran sido príncipes dotados de suma capacidad.

Macriano, anciano astuto, político y atrevido, estaba lisiado (20), y hacia que llevasen los ornamentos imperiales sus dos hijos, jóvenes y vigorosos, en vez de llevarlos él mismo (21).

Odenato, que rechazó á Sapor y vengó á Valeriano, es mas conocido todavía por su mujer Zenobia y por el retórico Longino (22).

Balisto é Ingenuo eran capitanes ilustres. Dábase á Calurnio-Pison el dictado de hombre.

Regiliano logró tanta nombradía, que el Senado le confirió los honores del triunfo, no obstante su sublevacion contra Galieno (23).

Pósthumo, que extendió su dominacion sobre las Galias, la España, y tal vez sobre la Gran Bretaña, estaba dotado de talento.

Su sucesor Victorino poseía tambien grandes talentos, pero con cierta debilidad que con frecuencia los acompañaba, la afición á las mujeres (24).

Victoria, madre de Victorino, que se daba á sí misma el título de augusta y madre de los ejércitos, fue la Zenobia de las Galias. Esta decia hablando de la primera: «Hubiera querido partir el imperio con Victoria que se me parece.» Hasta el armero Mario que habia sido elevado al rango de Augusto por Vic-

* GALIENO, emper. DIONISIO, papa. A. de J. C. 250-268.

toria, era un partidario de carácter. «Amigos, dijo á sus compañeros de armas convertidos ya en vasallos suyos; me criticarán mi primer estado: ¡permitan los dioses que nunca me afemine en la molición, el vino, las flores y las mujeres! Que me echen en cara mi oficio de armero, con tal que las naciones extranjeras conozcan por sus derrotas que he aprendido á manejar el acero! Digo esto, porque lo único que podrá criticarme Galieno, esa peste impúdica, es que he fabricado armas (25).» Mario fue muerto por un soldado que en otro tiempo estuvo de oficial en su taller, quien al traspasarle el cuerpo con la espada, le dijo: «Tú la fabricaste (26).»

Muerto Mario, no desmayó Victoria: esta gala nombró todavía otro emperador, Tétrico, gobernador de la Aquitania, que se vistió la púrpura en Burdeos.

De estos diferentes tiranos uno solo era senador, y únicamente Pison era noble: descendía de Numa por sus padres, y sus enlaces le autorizaban para poder decorar sus lares con las imágenes de Craso y de Pompeyo. Los Calurnianos se habían librado de las proscripciones: vemos que fueron cónsules en el tiempo que medió desde Augusto hasta Alejandro-Severo. Roma se cubría de nuevas plantas; cuando sus viejos troncos echaban algunos vástagos, marchitábanse pronto y no reverdecían.

Otros hombres de mérito, tales como Aureliano, Claudio y Probo, servían á Galieno aguardando el soberano poder: el carácter mismo del emperador era sino estimable, al menos poco común.

Orador y poeta (27) Galieno era indiferente á todo excepto al imperio. Participáronle que el Egipto se había sublevado, y contestó: «Bien: nos pasaremos sin lino (28).» Se han perdido la Galia y el Asia. «Renunciaremos á la espuma de nitro, y no usaremos en adelante Facos * de Arras (29).» ¡Pero cuidado con tocar á los placeres de Galieno! Si el rumor de un motín ó de una invasión demasiado cercana amenazaba su paz, corría á las armas, desplegabá valor, evitaba el peligro, y volvía á sepultarse con actividad en la pereza. Feroz para conservar su reposo, escribía á uno de sus oficiales después de la rebelión de Ingenuo en Iliria: «No perdoneis á los varones, cualquiera que sea su edad, niños ó ancianos. Quitad la vida á cuantos se hayan permitido una palabra, un pensamiento contra mí (30). Condenaba á muerte á cuatro ó cinco mil soldados rebeldes, entreteniéndose al mismo tiempo en construir edificios pequeños con hojas de rosas, y modelos de fortalezas con frutas (31). Un mercader había vendido perlas de vidrio á la emperatriz por perlas verdaderas. Galieno lo condenó á ser arrojado á las fieras, y mandó que en vez de fieras soltasen contra él un capon (32).

A cada noticia desastrosa que llegaba reñase Galieno, preguntaba cuales serían los festines y los juegos de la mañana siguiente y de aquel día (33). El mando se desplomaba, y componía versos al matrimonio de sus sobrinos. «Id, amables mancebos, arrullad cual la paloma, abrazaos como la yedra, vivid unidos como la perla á la concha.» (34) También filosofaba, y daba, á Plotino una ciudad arruinada de la Campania para que estableciese en ella una república según las leyes de Platon (35). Recostado en los banquetes entre mujeres, en medio de la sociedad que se desplomaba, (36), este Horacio imperial no quería de la vida sino los placeres: todo fue turbación en su reinado, excepto su persona (37): no conservaba la calma en torno suyo y para él sino hasta donde llegaba la longitud de su espada.

Representémonos el Estado presa de las diferentes usurpaciones; los tiranos batiéndose entre sí, defendiéndose contra las tropas del príncipe legítimo re-

* Dábase el nombre de *Faco* á una especie de vestido que usaban los soldados de aquella época. N. del T.

chazando á los Bárbaros ó llamándolos en su auxilio. Ingenuo tenía un cuerpo de Roxolanos á sueldo, y Póstumo un cuerpo de Francos. Ya no se sabía donde estaba el imperio, reinaba la división entre los Romanos y entre los Bárbaros: las águilas romanas peleaban unas contra otras: las banderas de los Godos peleaban también entre sí. Cada provincia reconocía al tirano mas inmediato; porque en la imposibilidad de ser protegida por el derecho, se sometía al hecho. Un pedazo de púrpura hacía por la mañana un emperador y por la tarde una víctima; era el adorno de un trono ó de un sepulcro. Obligado Saturnino á aceptar el supremo poder, gritó: «Soldados, hareis de un general dichoso un emperador miserable.» (38)

Y al través de tamaños acontecimientos veíanse juegos públicos, martirios, sectas entre los cristianos, y escuelas entre los filósofos, en las cuales se ocupaban de los sistemas metafísicos en medio de los gritos de los Bárbaros.

Continuando la peste sus estragos arrebató en Roma cinco mil personas cada día: siguieron la carestía, el hambre, los terremotos, los meteoros, las tinieblas sobrenaturales, el levantamiento de los esclavos en Silicia, la rebelión de los Isaurianos que renovaron la guerra de los antiguos piratas, el tumulto horroroso de Alejandría en cuya inmensa ciudad cada edificio se convirtió en una fortaleza, cada calle en un campo de batalla; una parte de la población pereció, y el Brachion quedó vacío. Y entre tantas calamidades preciso es hallar sitio todavía para la continuación de la grande invasión de los Godos.

Sapor, habiendo vuelto á entrar en el Asia romana, recuperó á Antioquia y se apoderó de Tarso en Silicia y de Cesárea en Capadocia. Los Godos se arrojaron sobre Italia; otros godos ó escitas salieron por tercera vez del Ponto-Euxino, sitiaron á Tesalónica, asolaron la Grecia (39), y saquearon á Corinto, Esparta y Argos, ciudades olvidadas hacia mucho tiempo y que aparecían en aquel siglo cual la fantasma de otro tiempo y de otra gloria. En vano Atenas había reedificado sus murallas derribadas por Lisandro y Sila: un godo quiso incendiar las bibliotecas, y otro godo se opuso. «Dejemos, dijo, á nuestros enemigos esos libros que les quitan el amor á las armas.» (40) La patria de Temístocles fue libertada sin embargo por el historiador, llamado el segundo Tucídides (41), y el último de los griegos en aquella edad media y degenerada. Atenas veía otra vez á los Bárbaros: en el tiempo de los Persas, la salvaron sus grandes hombres, y sus obras clásicas no permitieron á los Godos que destruyeran su memoria.

Finalmente, los Godos incendiaron el templo de Efeso, que siete veces había salido de sus ruinas y siempre mas bello (42); mas no volvió á levantarse ya. Un decreto de la Providencia producía desastres irreparables: tratábase, no de la conservación de los monumentos, sino de la fundación de una nueva sociedad. En todos los puntos donde el politeísmo había elevado dioses, presentóse un destructor: cada templo pagano vió un hombre armado en sus puertas, y la Providencia no detuvo la antorcha y la palanca sino cuando hubo cambiado la raza humana.

Sin embargo, como no había sonado aun la hora final, hubo momentos de reposo. Odenato venció á Sapor y alivió al Asia; Póstumo contuvo á las naciones germánicas, y los demás enemigos fueron rechazados tan pronto por los tiranos, como por los generales de los emperadores. Los tiranos mismos se destruyeron mutuamente, y cuando Claudio subió al poder solo tuvo ya que combatir á Tétrico en las Galias, y á Zenobia en Oriente. Habíase declarado esta independiente desde que Odenato fue asesinado en un festín.

Habiéndose vestido Aureolo la púrpura en Italia, la fama de esta usurpación penetró hasta el fondo del

palacio de Galieno, quien se impacientó, y dejando sus delicias sitió á Aureolo en Milan: una flecha disparada á traición le privó de la vida, cuando sin acabarse de armar corría á caballo con la espada en la mano á rechazar una salida de los sitiados.

Marciano que acababa de derrotar á los Godos en Iliria, era el jefe principal de la conspiración.

Duró una innovación de Galieno: había prohibido á los senadores el servicio militar, y fuese porque la usurpación de Pison le hubiese alarmado mas que las otras, ó ya porque el Senado al reechar una horda de bárbaros, que se habían adelantado hasta la vista de Roma, hubiese obrado con demasiada energía. Entonces se estableció la distinción entre hombres de toga y hombres de espada. Los senadores formaron un cuerpo de magistratura, cuyos miembros, desconocidos del soldado, perdieron toda influencia en el ejército. Murmuraron al pronto, pero después miró su cobardía como un honor el derecho que habían obtenido de ocultarse. El edicto de Galieno acabó de hacer militar la construcción del imperio, y preparó las grandes mudanzas de Diocleciano.

* Claudio II, designado para la púrpura por Galieno sustituyó á este. Las grandezas no imponían ya respecto: todo lo habían juzgado, apreciado y conocido; dábase muerte á los príncipes como á los demás hombres, y sin embargo todos aspiraban á la soberanía; nunca se habían arrastrado y prosternado tanto á los pies del poder como en el momento en que ya no creían en su prestigio. El Senado confirmó la elección de Claudio, y una de las mayores violencias contra los parientes y amigos de Galieno.

No debemos creer que las decisiones del Senado fuesen el resultado de graves razones maduramente examinadas; eran mas bien aclamaciones de un rebano de esclavos que se apresuraban á reconocer la servidumbre, cual si en los interregnos temiesen gozar un momento de libertad. Reunidos tumultuosamente en el templo de Apolo (porque no pudieron celebrar sus reuniones mucho tiempo en el Capitolio á causa de una fiesta de Cibeles), gritaron los senadores (43): «Augusto Claudio, los dioses te conserven para nuestro bien.» Sesenta veces fue repetida esta aclamación. «Claudio-Augusto, á tí y á tus semejantes habíamos deseado siempre (Cuarenta veces), Claudio-Augusto, la república te deseaba (Cuarenta veces). Claudio-Augusto, eres padre, hermano, amigo, excelente senador y emperador verdadero (Ochenta veces). Claudio-Augusto, libranos de Aureolo (Cinco veces). Claudio-Augusto libranos de Zenobia y de Victoria.» (Siete veces.)

¡Eran estos los herederos de un Senado de reyes! Claudio (44) exterminó en Macedonia un ejército de godos, y echó á pique su flota compuesta de dos mil barcas: entre los prisioneros se hallaban reyes y reinas. Los vencidos fueron incorporados en las legiones, ó condenados á cultivar la tierra (45).

Habiendo triunfado Claudio, apellidado *el Godo*, murió: su hermano Quintilio (46) se vistió la púrpura en Italia, y se quitó la vida al cabo de diez y siete días.

Sentóse en la silla del imperio Aureliano** otro soldado aventurero, á quien había recomendado Claudio.

Su madre era sacerdotisa del Sol en un pueblo de Iliria, donde su padre era colono de un senador romano. Apasionado á las armas, siempre á caballo, vivo, ardiente, buscando querellas y aventuras, había conseguido que sus compañeros le diesen el nombre de *Aureliano espada en mano*, para distinguirlo de otro Aureliano (47). Este fue el primer romano; que como dije, trató con los Francos.

Aureliano, ascendido á la dignidad de jefe soberano,

* CLAUDIO II emper. FELIPE, papa. De J. C. 268-270.

** AURELIANO emper. FELIX.

no, encontró dos enemigos temibles, dos mujeres: Victoria la gala y Zenobia la palmiriana. Victoria murió cuando Aureliano pasó á las Galias donde no halló ya sino á la hechura de aquella, al tirano Tétrico que hizo traición á sus soldados y se pasó á Aureliano.

Zenobia se había apoderado de Egipto: Aureliano marchó contra ella, la derrotó en Emesis, la sitió en Palmira, y la hizo prisionera cuando huía: Palmira fue saqueada y el filósofo Longino sentenciado á muerte por el arrojado de sus consejos. Destruídos todos los tiranos, sometido el Egipto, y pacificada la Galia, quiso el emperador obtener los honores del triunfo en Roma. Antes de marchar á Oriente había libertado á la Italia de una especie de liga de los Alemanes, los Marcmanos, los Vutongos y los Vándalos.

Con motivo de estas correrías de Bárbaros, hizo Aureliano levantar, ó por mejor decir, reedificar las murallas de Roma. En otro tiempo las siete colinas, en una circunferencia de trece millas, habían sido fortificadas; pero Roma extendiéndose por fuera con su poderío, unió por medio de arrabales inmensos y magníficos varias ciudades á la ciudad antigua (48). Zósimo escribe (49) que en el tiempo de Aureliano había caído el antiguo recinto, y que el construido por este emperador no se acabó hasta el tiempo de Probo (50), y parece que todavía seguían los trabajos en el reinado de Diocleciano (51). Obsérvanse en el día mezclados con las construcciones subsiguientes varios restos de las obras de Aureliano. Las murallas de Roma han suministrado por sí sola una historia curiosa (52), en la que quedan como trazados por su recinto los infortunios de la ciudad eterna: Roma se ha fortificado, por decirlo así, con sus calamidades. Siglo y medio debía trascurrir aun antes que sufriese el yugo de los Bárbaros, y ya Aureliano levantaba los baluartes inútiles que mas tarde aquellos habían de asaltar.

Aureliano en su triunfo, además de una multitud de prisioneros Godos, Alanos, Alemanes, Vándalos, Roxolanos, Sármatas, Suevos y Francos, llevaba tras sí á Tétrico, senador romano, vestido con la púrpura imperial, y á Zenobia, reina de Palmira. Iba esta tan cargada de perlas que apenas podía dar un paso: los grandes de su corte, cautivos como ella, la aliviaban el peso de sus cadenas de oro. Ostentábase Aureliano sentado en un carro tirado por cuatro ciervos, especie de despojos y riqueza de otro rey godo; este carro iba á esperar á Alarico en el Capitolio (53).

Aureliano dió á Tétrico el gobierno de la Lucania en cambio del imperio: Tétrico no tenía el talento de Victoria, y se contentó con ser dichoso.

En cuanto á Zenobia sabido es que según las apariencias era judía de nacimiento; que Longino había sido su maestro de literatura griega y de filosofía, y que había compuesto para su uso una historia compendiada de Oriente. Inclinábase á la opinión de los Hebreos por lo tocante á la naturaleza de Jesucristo. Acúsale de haber dado muerte á un hijo que tuvo Odenato de otra mujer, y quizás al mismo Odenato: tuvo tres hijas y tres hijos, de los que el uno llamado Valballato, fue rey de una región desconocida de Asia (54). Sus tres hijas cautivas con ella, se casaron; y San Zenobio, obispo de Florencia en tiempo de San Ambrosio, descendía de la reina de Palmira. El valor de Zenobia se eclipsó con su fortuna, pues pidió la vida llorando: la hermosa discípula del magnánimo Longino, no fue ya en Roma sino la delatora de algunos senadores iniciados en una conjuración verdadera ó supuesta contra Aureliano. Habitaba una casa de campo en Tibur, cerca de los jardines de Adriano y del retiro de Horacio, dejando juntamente con un nombre célebre las ruinas que visitamos en el desierto.

Aureliano era naturalmente severo, y la prosperidad le hizo cruel. No quería que los soldados tomasen